

El Garbanzo

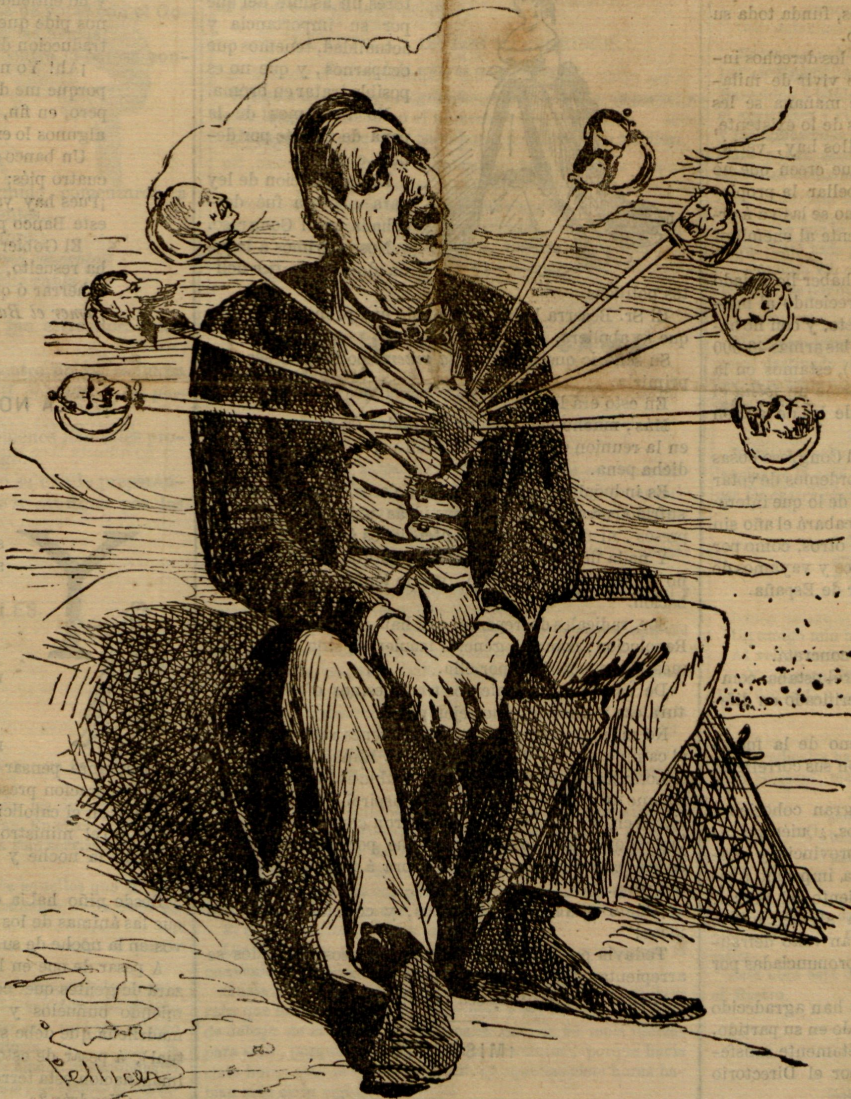
PERIÓDICO DE PRIMERA NECESIDAD.

Una olla por semana.

Un trimestre en Madrid, 5 rs.—Un trimestre en provincias, 6 rs.; un semestre, 11 rs.—20 rs. al año en toda España —
Extranjero, 8 rs. trimestre, 14 semestre y 26 un año — Un año en Ultramar, 40 rs.—Un número suelto atrasado, 4 cuar-
tos.—La correspondencia al Director, Magdalena, 19, principal izquierda.

Una indigestion cada ocho días.

¡BONITO PORVENIR, MAESTRO!



LAS ESPADAS ENMOHECIDAS.

UNB

Biblioteca de Comunicación

Hereroteca General

ADVERTENCIAS.

Los corresponsales de provincias que antes del miércoles próximo no hayan liquidado sus cuentas de Octubre con esta Administración, no recibirán el número de la semana que viene.

Terminada la novela *Debajo de la cama*, en el próximo número comenzaremos a publicar otra, debida a la pluma del mismo festivo autor de la que sin interrupción hemos dado hasta hoy en las columnas de EL GARBANZO.



El propietario, el trabajador, el comerciante, el industrial deben estar viviendo en mortal angustia hace algún tiempo.

En un país en que el orden está siempre amenazado, parece natural que el Gobierno es ésiempre prevenido.

Y sin embargo el Gobierno que padecemos en la actualidad los españoles, funda toda su gloria, al parecer, en su propio descuido.

Puede ser que en la moderna teoría de los derechos individuales entre la teoría de que se debe vivir de milagro; porque en verdad que si el día de mañana se les ocurre á dos ó tres mil españoles, hartos de lo existente, tomar la justicia por su mano, y entre ellos hay, verbi-gracia, quinientos ó seiscientos de los que creen que no se puede cambiar de Gobierno sin atropellar la propiedad y destruir todo lo destructible, ¿cómo se las va á arreglar el glorioso Manuel para hacer frente al enemigo? No hay ejército.

Ello es que con la peregrina idea de haber licenciado un número incalculable de soldados, ofreciendo al mismo tiempo abolir las quintas por completo, y con no haberse votado todavía la ley que llama á las armas 40.000 hombres (como quien no quiere la cosa), estamos en la mejor situación del mundo para que se arme un *jollín* el día menos pensado, y cualquier partido de los de acción se alce con el santo y la limosna.

Siga, pues, la broma. Discútanse en el Congreso cosas que no tienen importancia, y no nos acordemos de votar ni los presupuestos, ni la quinta, ni nada de lo que interesa, que yo les aseguro á Vds. que no se acabará el año sin que anden á tiros los españoles unos con otros, como por costumbre tienen, y el trabajo se paralice y vayamos de mal en peor, que es el brillante porvenir de España.

Hablemos ahora de una manera más concreta.

Parece ser que el movimiento del Ferrol estaba combinado con otros que debían haberse verificado en diferentes puntos de la Península.

Es indudable que al lanzarse al terreno de la fuerza los trabajadores del arsenal contaban con sus correligionarios de otras partes.

Que en el partido republicano existe gran cohesión y union inquebrantable, lo sabemos todos. ¿Quién no recuerda lo sucedido en 1869? Saltó una provincia y respondieron todas. ¿Qué es, pues, lo que ha impedido á las masas republicanas secundar el movimiento del Ferrol?

Si hemos de creer lo que nos asegura alguien que lo sabe de buena tinta, los republicanos han visto defraudadas sus esperanzas con las palabras pronunciadas por el Sr. Pi y Margall en el Congreso.

Estas palabras, que los conservadores han agradecido muchísimo al Sr. Pi, le han desautorizado en su partido.

En cambio, Ruiz Zorrilla está completamente satisfecho de la sensata conducta observada por el Directorio republicano.

Vamos ahora con los carlistas.

No ocurre novedad, dice la *Gaceta* todos los días.

Y sin embargo, Baldrich no puede decir un día terminantemente: Ya no hay carlistas en armas en esta provincia.

Recuérdese el tiempo que lleva la insurrección carlista, y dígame el más resignado, si una provincia tan trabajadora y tan mercantil como la de Cataluña, puede soportar cinco meses de guerrillas, atropellos, vejaciones y, sobre todo, de inseguridad constante.

Tenemos pues:
La misma guerra civil que al subir al poder los radicales.

Una insurrección formidable, contenida por el momento, pero que según aseguran los republicanos, no tardará en reproducirse.

Ningún presupuesto aprobado.

Una nación casi exhausta de soldados.

Una ley de quintas sin votar, porque no tiene razón de ser, supuesto que ha sido presentada por hombres que han engañado al país en la cuestión de quintas.

La misma insurrección de Cuba, mas el aumento de ella que se hace indirectamente desde el momento en que, desde ciertos puestos importantes, se insulta al elemento español de la isla.

Nuevos impuestos.

Temores de trastornos, mayores que nunca.

¿Qué han hecho, pues, estos hombres eminentes, estos sabios soberbios, estos grandes hombres que venían á salvar la situación?

El país contribuyente dá la respuesta.

¿Qué han hecho?—COBRAR.

LA PENA DE MUERTE.



qui tienen nuestros lectores un asunto del que por su importancia y actualidad, tenemos que ocuparnos, y que no es posible tratar en broma. No hablamos de la pena de muerte por delitos comunes.

La proposición de ley para abolirla fué desechada en el Congreso.

Nos referimos á la pena de muerte por delitos políticos.

El Sr. Becerra había presentado una proposición para que se aboliera.

Su señoría quería *matar la muerte* política, ó sea suprimirla.

En esto era lógico.

Más, mucho más que los diputados de la mayoría que en la reunión del Senado votaron por la continuación de dicha pena.

Es indudable que gran parte de esos diputados ni han sufrido persecuciones por sus ideas políticas, ni estado presos, ni mucho menos sentenciados á muerte.

Y nada de esto les ha sucedido, porque en otras épocas no tenían partido político, ó si lo tenían, era en incubación.

Son radicales de repente, que han nacido, no con la Revolución, como el general Izquierdo, sino á los trece meses de concebidos por ella.

De estos alumbraamientos trecesiminos ofrece la naturaleza animal algunos ejemplos.

No es, pues, extraño que esos jóvenes radicales sigan el camino por donde los conduce D. Manuel.

Lo extraño, lo raro, lo inexplicable es que los radicales que antes de la Revolución conspiraban, y que se batieron en las barricadas y estuvieron en la emigración, huyendo de la pena de muerte que por delitos políticos se les había impuesto, voten ahora á favor de esa misma pena.

¿Cómo cambian los tiempos, y con los tiempos las ideas!

Todavía puede ser que algunos de esos diputados se arrepientan de sus votos de ahora.

¡Pero entonces quizá sea tarde!

¡MISTERIO!



odo el mundo se pregunta, viendo tanta reunión, tanta cita, tanta junta y tanta combinación:

¿Qué es eso del Banco nuevo, que ocasiona tanto ruido, y aun amenaza el relevo del Poder constituido?

¿Qué misterio hay en la cosa, para que así de hablar, y qué tiene de curiosa que se pueda averiguar?

El Gobierno está en un tris si no le apoyan el Banco; y se pregunta el país, que siempre suele ser franco:

¿Hay intríngulis tal vez en aprobar el proyecto? pues dígame de una vez de un modo claro y perfecto.

Ruiz Gomez resiste y grita, Ruiz Zorrilla se alborota, la mayoría se irrita y dice que ya no vota.

Si se trata de crear algo muy beneficioso, ¿por qué el asunto ha de hallar tanto enemigo capcioso?

¿Qué Banco es este tan raro?

¿Quién se va á sentar en él?

¿Es perjudicial? ¿Es caro?

¿Por qué muje Don Manuel?

Reuniones por aquí, cabildos por allá....

¿se aprobará el Banco?—¡Sí!

¿Se ha aprobado el Banco?—¡Cál!

—¡Crisis!—¡Pues lo votaremos!

—¡Me alegro!—¡Ya no votamos!

—¡Reunión!—¡Ya lo veremos!

—¡Yo me opongo!—¡Que nos vamos!

Y el país que sufre y paga y no entiende estos barullos, nos pide que se le haga traducción de estos murmullos.

¡Ah! Yo no puedo ser franco porque me denunciarán; pero, en fin, esto del Banco algunos lo entenderán.

Un banco siempre ha tenido cuatro pies; ¿entiendes?—¡Pues! ¡Pues hay ya quien se ha comido este Banco por los pies!

El Gobierno, que es muy franco, ha resuelto, á no dudar, ó herrar ó quitar el Banco, *¡poner el Banco, y errar!*

LA NOCHE DE ÁNIMAS.

I.

se acostó un hombre público, y soñó.

Acababan de dar las doce de la noche.

Era el 1.º de Noviembre.

No sé por qué, los ministros casi nunca pueden coger el sueño.

¡Ellos, que lo cogen todo!

A pesar de la desprecupación reinante, siempre hay algo que hace al hombre pensar en el mundo desconocido.

La generación presente, preciso es confesarlo, se ha educado en el catolicismo.

Por eso el ministro al acostarse y oír en su reloj las doce de la noche y recordar en qué día estaba, tuvo miedo.

Desde niño había oído á los lugareños de su pueblo que las ánimas de los difuntos vienen á visitar á los vivos en la noche de su conmemoración.

A pesar de que en la vecindad se oía zambra y algazara de gentes que celebraban la noche de ánimas comiendo buñuelos y bebiendo aguardiente (costumbre madrileña que debe ser muy del gusto del Gobierno actual), á pesar de esto, decimos, no pudo apartar de su imaginación esta terrorífica idea.

—«¿Vendrán?»

Y se durmió, no por abundancia de sueño, sino por sobra de espíritu.

Si no fuera por el espíritu, la situación se hubiera amortiguado hace tiempo.

II.

Apenas cerró los ojos, comenzó á ver tan extrañas cosas el hombre, que se arrebujó entre las sábanas aterrapado.

Venían hacia él unos á manera de peces con blusa, nadando, nadando, nadando, en un mar colorado.

A él le parecían patriotas estos peces originales. Y lo eran.

Eran patriotas fusilados hace seis años, por insurrecciones ó por pronunciados.

¡Y el hombre que soñaba, acababa de votar la pena de muerte por delitos políticos!

¡Él!

Él, que acaso mañana se sublevará contra todo lo existente.

Tembló.

Los nadadores se sumergieron entre las olas, en aquel mar de sangre.

III.

Al poco rato, y cuando ya se creía libre de la pesadilla horrorosa, una bandada de pájaros algo parecidos a la figura del ser humano, hecha excepción de las alas, comenzaron a revolotear en torno suyo, y a escupirle en el rostro.

Y aquella saliva le abrasaba el cutis; porque esté hombre, aunque progresista, tiene cutis.

Y al ver cómo se cernían sobre su cabeza, y al reconocerles, sintió tal miedo, tan poderoso miedo, que pensó en levantarse y en echar a correr en calzoncillos en dirección al Palacio del Senado.

Porque aquellas segundas ánimas eran las de aquellos que murieron fusilados y ametrallados en la villa de Gracia, hace tres años, cuando se hizo la quinta....

Y el hombre que soñaba, acababa de votar con el Gobierno, llamando 40.000 hombres a las armas.

¡Él, que hace diez años predicó contra la odiosa contribución de sangre!

Los pájaros volaron. Respiró.

IV.

Cuando ya se iba quedando dormido, comenzaron a surgir de la tierra las ánimas vivientes....

De los maestros muertos de hambre.

De los curas fallecidos por el mismo concepto.

De los infelices electores muertos de rabia.

Y del país muerto de risa.

La carcajada del difunto país fué tan estrepitosa y tan histérica, que el hombre despertó.

Se halló en su mullido lecho, dentro de su suntuosa casa, con la gran cruz de Carlos III colgada a los pies del catre, y dijo satisfecho:

Los sueños no son más que fenómenos naturales producidos por los vapores del estómago.

Al que se muere lo entierran, dijo su criado preparándole la copa de *chata rasa* con que se santigua por las mañanas.

PLAGAS SOCIALES.

I.

LA SUEGRA.

—Lector, ¿tienes suegra?

Dispénsame la pregunta en gracia a que no te la hago sin falta de misterio.

Si la tienes, si conoces por experiencia las dulzuras de esa mamá de nuevo cuño, no leas estas líneas. En ellas no hallarás nada que te sea desconocido, y su lectura solo servirá para agravar tu situación.

Estos renglones son únicamente para aquellos que no han conocido esa quiscosa a que impoliticamente se ha dado en llamar *mamá política*.

Mucho se ha escrito contra las suegras y mucho se puede decir aun en el asunto.

Desde Diana, que trató de mejorar la situación de los yernos con su preciosa *Receta*, hasta Estrada en sus famosos pentacrósticos, raro es el aprendiz de literato que no haya echado su cuarto a espadas en tan *escabrosa* materia.

Pero todos, sin distinción de clases, lo mismo el republicano de *pur sang* que el suscriptor al *Pensamiento*; lo mismo el matador de toros que el ejecutor de comedias, todos, absolutamente todos, se estremecen al solo nombre objeto de estas líneas.

Decía mi amigo Rivera, y convengo en ello, que en la vida de la mujer hay tres épocas distintas: soltera, en que se pertenece a sí sola; casada, en que pertenece a su marido, y suegra, en que pertenece al demonio. Por eso en esta última época, inspiradas por aquel a quien pertenecen, vienen a ser las horcas caudinas del matrimonio y a robar la calma y la felicidad del hogar doméstico.

Examinemos a la suegra desde que comienza a manifestarse como tal.

Un hombre ama a una mujer, y, previas las oportunas diligencias, que en lo general son inoportunas, se ciñen para siempre la florida cadena de himeneo.

La desposada llora—esto es de rigor—y la mamá dirige

terribles miradas a su nuevo yerno, como sintiendo entregarle a su hija, cuando poco há buscaba un novio para ella con más empeño que buscan algunos el movimiento continuo.

Ya en la comida de boda anuncia la suegra a los cónyuges, si no vive con ellos—que es lo más prudente—que irá a verles con frecuencia, y promesa fatal que hielá la sangre al yerno más acostumbrado a emociones fuertes.

Y pasa la luna de miel—que todo pasa en esta vida—y empieza la suegra a regir los destinos de la casa, y la casa a convertirse en un caos, y el marido y la mujer a comer poco y a rabiarse mucho, y los vecinos a tener pasto para sus murmuraciones desapareciendo desde luego en el matrimonio esa dulcísima calma que constituye la felicidad de la vida íntima. Si un día retrasa el marido cinco minutos la hora de volver a su casa, la suegra saca partido de esta insignificante tardanza para acriminarle a los ojos de la esposa. Y no para en esto todo; después de la esposa hay que excitar al marido. La boca de la suegra entonces, a manera de boca de riego, empieza a disparar una lluvia de improperios, y el pobre yerno, o tiene que tomar el sombrero y marcharse, o de lo contrario aquella casa se convierte en un *mare-magnum*, en que todos hablan y ninguno se entiende.

La mujer, que hasta entonces amaba a su marido, empieza a disminuirle el cariño bajo la influencia maléfica de su madre, y no es extraño ver al poco tiempo entablada demanda de divorcio en un matrimonio en que todo debería ser felicidad.

Habría algunas suegras—lo confieso—que, excepciones de la regla, sean verdaderas madres de sus yernos; pero estas van desapareciendo poco a poco, y en un plazo no lejano habrán desaparecido por completo.

Para entonces no será extraño ver en las esquinas, entre los anuncios de novelas de Eschir y los de estirpación de callos, un cartel con esta inscripción:

LA TUTELA DE LOS MATRIMONIOS.

Sociedad de seguros contra suegras.

Si esto sucede, aseguro grandes ganancias a la empresa, y desde luego cuéntame en el número de sus suscriptores.

Hasta ese día solo diré, parodiando a un conocido escritor:

Huya de mi casa el bien por su mal, y de mi novia el desdén por su amor.

pruebe en mi fortuna negra sup. N. X. D.

pero librándome de suegras quedo en la obligación de por siempre jamás, amen.

C. carnaval año ad

DEBAJO DE LA CAMA

NOVELA ORIGINAL.

(Conclusion.)

Concepcion, que había dicho a la criada que estuviese dispuesta a poner en la escalera a Gustavo así que lograra hacerle salir de debajo de la cama, antes de desnudarse fué a apagar la luz como ya dos veces había pasado.

—Pero estaba de Dios que aquella noche no había de dormir D. Frutos.

De repente oyeron fuertes campanillazos en toda la casa, y varias voces que gritaban: ¡fuego! ¡fuego!

Gustavo, al oír esto, tuvo ya fuera la cabeza para salir del escondite, pero volvió a meterla temiendo un conflicto.

Concepcion, asustada, salió al balcón. D. Frutos se lanzó en camisa de la cama y salió al balcón también.

Un humo espeso salía por los balcones del cuarto bajo de la casa inmediata.

—¡No te asustes! exclamó D. Frutos.

—¡Señor! ¡Señora! ¡fuego! ¡fuego! gritó la criada, entrando desparavida.

—No aturdirse, gritaba D. Frutos, que estaba más aturdido que nadie y no encontraba los pantalones, ni el gaban, ni nada.

La calle, a pesar de lo avanzado de la noche, empezaba a llenarse de gente, y los serenos hacían sonar sus pitos, y a los pocos momentos las campanas de la Iglesia inmediata tocaban a vuelo, y llegó gente armada y las bombas de incendios.

El fuego tomaba grandes proporciones.

Los bomberos subieron a casa de D. Frutos é indicaron la conveniencia de que saliese de ella cuanto antes.

Gustavo no sabía qué hacer. Sentía calor junto a sí, se figuraba que las llamas iban a envolverle; y sin embargo, no salía de debajo de la cama, pero no salía porque no tenía fuerzas para salir, porque estaba aniquilado, exánime, porque hacia siete horas que se encontraba allí, y aquellas siete horas habían sido siete siglos!

Y desde allí oía el ruido creciente de la calle, producido por la oleada de gente que acudía a ver el incendio.

Concepcion y D. Frutos salieron de la casa, llevándose el dinero y las alhajas.

Apenas hubieron salido, cuando entraron en ella, estando ya llena de humo, gentes que empezaron a bajar los muebles por los balcones.

¡Gustavo había perdido el conocimiento!

EPÍLOGO.

Al otro día en los periódicos de Madrid se leía lo siguiente: «Hoy a las tres de la madrugada se declaró un violento incendio en la calle de Tal, número tantos, que empezó en el piso

bajo; y hubiera tomado alarmantes proporciones sin duda alguna, si no hubiesen acudido las bombas a tiempo de evitar que se propagase a la casa inmediata.

Los vecinos, sin embargo, sufrieron el susto natural, y en una de las habitaciones se encontró casi asfixiado por el humo a un joven que, merced a los cuidados que se le prodigaron en la casa de Socorro más próxima, volvió en sí al poco tiempo.

Lo que la prensa no dijo; fué que aquel joven era Gustavo y que le hallaron debajo de la cama matrimonial de D. Frutos y Concepcion, que han llegado a ser los esposos más felices del mundo.

En cuanto a Gustavo, baste decir que aquellas siete horas de angustias le curaron radicalmente de su afición a la fruta prohibida, y con él está hoy más segura que con nadie la mujer del prójimo.

Los cangrejos han sido nombrados pescados de cámara, honra debida al color.

Otro tanto ha sucedido con los rabinos, en su calidad de entremeses.

¡La revolucion se ha salvado!

Varios profesores de Instrucción primaria se han reunido para gestionar en pró de sus intereses.

Hacen bien. Por nuestra parte seguiremos pidiendo que se les pague lo que se les debe.

Aunque por ahora creemos que será todo inútil.

Hablar de instrucción a los progresistas es machacar en hierro frío; todavía más: machacar en alcoraño.

Entre las publicaciones periódicas no políticas que ven la luz en España, merece elogio la revista quincenal escrita en Barcelona y titulada *La ciencia al alcance de todos*. El obrero, el agricultor y el comerciante hallarán en ella los principios y las aplicaciones de la ciencia, expuestos en un lenguaje tan claro y tan sencillo que los comprenderán perfectamente, siéndoles utilísimos en sus respectivas profesiones.

—No se può le vivír, decía un padre de familia a un vecino suyo. ¡Está todo por las nubes!

—No diga Vd. eso, replicó el otro, porque ahora mismo acabo de leer, que por cinco reales le han dado a uno trece puñaladas.

Hace pocas noches tuvimos el gusto de oír a un *ilustrado* general destinado recientemente a un elevadísimo puesto militar, que tenía suspendida sobre su cabeza la espada de *Demóstenes*.

El mismo señor, y en la misma noche, ponderando las excelencias de la casa que habitaba, dijo que tenía Sol de *medio día por los cuatro costados*.

¿Si será ó no radical este historiador p-ofundo, geógrafo sin segundo y entendido general?

Un amigo mío ha tenido un hijo estos días.

Al ver al recién nacido, dijo su padre:

En cuanto abra los ojos, lo presento candidato a diputado, y antes de que sepa hablar es Ministro.

Los radicales han acordado no apoyar la acusación al ministerio Sagasta, recordando quizá aquello del Quijote:

«Advierte que es desati-

siendo de vidrio el teja- tomar piedras en la ma- para tirar al veci-»

Un apreciable escritor progresista está escribiendo un libro que se titulará: *La aristocracia haitiana ó los carabineros sensibiles*.

Esta obra está destinada a dejar rastro, ó como si dijéramos, al Rastro.

VÁYASE USTED.

Solitario de Tablada, a obsesión cortosano de entromeses, hoy dinástico ferviente, anti-dinástico ayer, zurcidor de malas frases, que trascienden a cuatro, embaucador de patriotas, del año cuarenta y tres, progresista impenitente, democrata de café, oiga atento nuestras suplicas, váyase Vd.

Ya que encontró *caridad* cuando perdiera la fe;

MADRID, 1872—Imprenta de Julian Peña,
calle del Olivar, 22.